

¡O MILICIA O CARRERA!

POR

Miguel de Unamuno



LA VEU DE CATALUNYA del día 9 de este mes de Noviembre publicaba un suelto titulado: «La carrera política» y dedicado al «Sr. Salvatella —ahora traduzco citando—, aquel joven formado a la sombra de Sol y Ortega, orador precoz, mundano más o menos legendario, diputado habitual por Figueras, que con su nombre puede decirse que compendia toda la fuerza y toda la historia catalana del federalismo ampurdanés» y que «acaba de ser proclamado diputado a Cortes por el artículo 29... en Granada.»

«El patronazgo del Gobierno es evidente», añadía *La Veu*. Sí, es evidente. El distrito de Figueras, un distrito catalán, es decir, de opinión pública, democrático, no quiso ya por representante, por unas u otras razones, al señor Salvatella y el Gobierno le encasilló, con el vergonzosísimo artículo 29, por uno de los distritos electorales políticamente más abyectos, cual es el de Granada; por un distrito sin opinión alguna y donde las pocas conciencias libres que allí, por milagro, queden sufren bajo el abrasador hostigo del ábrego espiritual. Porque aquel caciquismo podrá no ser de los más violentos, pero es de los más vergonzosos. Achica las almas.

Comenta luego *La Veu* la evolución del señor Salvatella desde el federalismo al *liberalismo independiente*, pero de artículo 29 granadino, y concluye:

«Merced a los que se dicen o se decían republicanos y tildaban a la Lliga de poca intransigencia, la política vuelve a parecer entre nosotros, como es en Madrid, una carrera. Procuramos nosotros, con nuestro ejemplo, que todavía entre las grandes multitudes y personalidades del nacionalismo catalán, como por ahí en Europa, la política sea una especie de milicia, con toda la técnica formidable y con toda la sencilla abnegación de una milicia europea.»

¡O carrera, o milicia! Está bien. Y cuando hablamos, execrándolos, de los políticos de oficio o profesionales de la política, entendemos los que toman la política como carrera, y aun peor, como deporte, cual algunos señoritos ociosos y vanos, no como milicia. ¡Milicia, sí!

Pero milicia no puede ser la política más que en los pueblos de opinión pública, de conciencia civil, de ciudadanía, de civilidad, de civilización. En pueblos formados de distritos como el de Granada y todos los demás que

manejan, con el 29 o sin él, los caciques electorales, la política no puede ser más que carrera. Milicia puede ser la política en los pueblos con conciencia de la cosa pública, en las verdaderas repúblicas, estén o no bajo un rey.

Porque llamaríamos mejor repúblicas a las naciones regidas por opinión pública, tal Inglaterra, tal Bélgica, tal Italia, tal Noruega, etc., aun cuando tengan al frente un monarca hereditario, mientras que son *res privatae* o monarquías las que llamándose repúblicas estén bajo el albedrío de un presidente. Tal fué Méjico bajo D. Porfirio. No es el tener al frente rey vitalicio y hereditario o presidente temporal y electivo lo que hace una monarquía o una república. Un presidente puede ser monarca y un rey puede ser el supremo magistrado que sanciona la opinión pública donde la haya y tiende a suscitarla donde duerma. Puede haber republicanos del rey, y uno de ellos es en Grecia Venizelos, empeñado en salvar la realeza helénica a pesar del mismo Constantino, muy convencido, según parece de la superioridad de su propio juicio e intelecto, y puede haber y ha habido y hay y habrá monárquicos de un presidente dictador. El punto estriba en apoyarse o no en la opinión pública.

En relación con esa aplicación del triste 29 granadino dícese que se trata de heñir en Cataluña un partido, no ya liberal dinástico, sino romanonista, o de cualquier otra laya de fulanismo, un partido político de carrera y no de milicia, un partido de profesionales. Los partidos del turno, los de los furrieles que dijo Maura, quieren tomar pie en Cataluña, ya que Cataluña, país de opinión pública, es hoy el mayor estorbo para la política profesional, la de componendas y la de servilismo. Son los diputados catalanes los que más descomponen la comedia parlamentaria, los que más veces se tiran a dar en la escena del duelo, donde los actores ensayados, los de la empresa, saben que el estoque es de caña y además embotado.

Se trata de heñir, digo, esto es, de aparentar en Cataluña un absurdo partido como el que ahora hace de mayoría, un partido de carrera, sin verdadero programa político, sin idealidad ni realidad, una empresa. Y para eso los mal llamados liberales que explotan el prestigio de la realeza, se aprestan a llevar al rey a Barcelona, donde se dice que se le hará por suscripción de magnates otro palacio y donde se trata de



ganar el ánimo de ciertas gentes. ¿El ánimo del pueblo?

¡El ánimo del pueblo, no!, ¡la opinión pública, no! Los empresarios de ese viaje no saben lo que es opinión pública, no conocen la conciencia de un pueblo. Son grandes electoreros acostumbrados a manejar el encasillado y el cohecho electoral y el artículo 29 y otras vergüenzas por el estilo y no se dan cuenta de lo que es un pueblo en que haya conciencia política, civilidad, civilización, democracia. Y es muy fácil que tomen por pueblo a una pobre turba de señoritos o señorones vanidosos y huecos a la caza de cintajos o de pergaminos frescos o acaso de sinecuras.

Sería, en efecto, un gave error creer que a un pueblo, a un verdadero pueblo, a un pueblo de opinión pública, con conciencia política, a un *demo* y no a una turba —y en Cataluña hay ya pueblo— se le gana con cruces, títulos, senadurías vitalicias o prebendas y honores repartidos entre los cacuchanes y rabadanés.

Ni a los mismos a quienes así se les agracia cabe llevarles luego, con ello, a aventuras fantásticas o a empresas que no arraiguen en la opinión o no tengan fundamento de clara realidad, de conveniencia pública. Supongámonos v. gr., que repartiendo esas mercedes honoríficas entre los potentados catalanes, se les quisiera luego meter en una fantástica y utópica empresa colonizadora en Marruecos, pongo por caso, o en otro proyecto brotado de cualquier cerebro patriótico y bien intencionado, pero soñador y no enfrenado, y que ellos, mirando la cosa fríamente, se negaran a secundar tal fantasmagoría; pues bien, no habría entonces derecho a quejarse de ellos diciendo: «parece mentira que se nieguen a realizar este patriótico empeño luego que se les ha hecho condes y marqueses y cruzados». No, porque así se gana la vanidad, pero no la opinión. La opinión, y no ya la de un pueblo, mas la de una triste turba vanidosa de señoritos y señorones, se gana con razones y con justicias.

Y aun podría haber otra cosa peor y es lo que ha expresado un diario barcelonés, *La Lucha*, recordando el letrero que apareció en Bristol durante un viaje oficial y que decía: «Bienvenido sea el príncipe, pero sin *baccarat*.» Porque sería triste habilidad que para prepararle mejor recibimiento contentando a ciertas gentes se diese rienda suelta a las tolerancias. No, no es ni debe ser aneja a una corte cuando viaja la licencia de la alta y baja mala vida para que, por agradecimiento a la indulgencia, hagan ambiente de cortesanía. Son procedimientos de electorería. Se cree ganar ovaciones como se gana votos.

Y en Cataluña, en Barcelona sobre todo, hay

un pueblo. Y hay milicias políticas, cada una con su credo y su bandera, de oscuros combatientes que sólo piden justicia y razón y claridad y política democrática, milicias que capitanean hombres que no están todos dispuestos a dejar la milicia por la carrera y a pasar porque se les encasille y se les saque diputados por el 29 en cualquier abyecto distrito electoral manejado por cualesquiera caciques. No, no todos se prestan a ir de actores al tablado del Parlamento, a representar la escena del duelo, después de haberlo ensayado y llevando los cómicos,

por si acaso, por si el estoque de caña les hiriera, una cota de malla en el bolsillo. Cota que puede ser un papel providencial de efectos aparentemente redentores.

Hay en Barcelona milicias políticas, hay un pueblo y a un pueblo no se le gana satisfaciendo la vanidad barata de sus prohombres o encasillando a éstos por el vergonzoso artículo 29, escarnio a la inconciencia pública de la España amodorrada y amordazada con mendrugos de pan negro y duro.

MIGUEL DE UNAMUNO



Compañeros del 19 y uno de ellos es en Galicia Ventados, separados es salvar la raiciza helénica a pesar del mismo Constantino, muy convencido, según parece de la superioridad de su grupo golista e intelectual, y puede haber y ha habido y hay y habrá monarcas de un presidente dictador. El punto estriba en apoyar o no en la opinión pública.

En relación con las aplicaciones del triste 29 grandioso diése que se trata de hacer en Cataluña un partido, no ya liberal diésista, sino granonista, o de cualquier otra laya de futurismo, un partido político de carrera y no de milicia, un partido de profesionales. Los partidos del turno, los de los turnillos que dijo Maurín, quieren tomar pie en Cataluña, ya que Cataluña, país de opinión pública, es hoy el mayor campo para la política profesional, la de complotación y la de servilismo. Son los diputados alabados que más descomponen la comedia urdida: los que más veces se tiran a dar en la escena del duelo, donde los actores ensayados, los de la compañía, saben que el estoque es de caña y además embotado.

Se trata de hacer, digo, esto es, de aparcar en Cataluña un absurdo partido como el que para hacer de mayoría, un partido de carrera, un verdadero programa político, sin idealidad, una empresa. Y para eso los mal amados liberales que explotan el prestigio de realce se prestan a llevar el pez a Barcelona, donde se dice que se le hará por suscripción en magnates otro palacio y donde se trata de

